



EDICIÓN
30^o
ANIVERSARIO

NICOLAS SHUMWAY
LA INVENCION
DE LA
ARGENTINA
HISTORIA DE UNA IDEA

emecé

NICOLÁS SHUMWAY

La invención de la Argentina

Historia de una idea

Traducción de César Aira



emecé

CAPÍTULO 1

PRELUDIO A LA NACIONALIDAD

El camino de la Argentina hacia la nacionalidad comienza con la conquista y colonización españolas. Para trazarlo, empiezo echando una mirada a los problemas de la formación de naciones en todo el continente americano. Luego examino los elementos específicos de la experiencia prenatal argentina en tanto preparan el escenario para los desarrollos posteriores.

Durante los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX la idea de nacionalidad fue la predominante en la mente europea. Con el fin del Iluminismo y la llegada del Romanticismo, las ideas de fraternidad universal dieron paso a una emergencia de sentimiento nacionalista en el que cada país afirmaba su peculiaridad étnica, lingüística y mítica. Tradiciones folklóricas, vida campesina, festivales religiosos, historias y héroes nacionales, idiosincrasias étnicas, mitologías tribales y paisajes locales inundaron todas las artes, desde las novelas históricas de Sir Walter Scott y Alejandro Dumas a la música de Dvorak, Wagner y Tchaicovsky, a las pinturas de Goya, Turner y David, a la poesía de Schiller, Burns y Becquer. Se desenterraron mitologías nacionales cuando las había, y en caso contrario se las inventó, para difundirlas con celo evangélico, siempre con el objetivo de elaborar un sentimiento de pertenencia nacional y destino común; estas mitologías se volvieron las ficciones orientadoras de las naciones, ficciones que alentaron a los franceses a sentirse franceses, a los ingleses, ingleses, y a los alemanes, alemanes. Cuando los políticos quisieron unificar al pueblo bajo una bandera común, o legitimar un gobierno, la apelación a las ficciones orientadoras de una nacionalidad preexistente o un destino nacional resultaron inmensamente útiles; sin ellas, la obra de hombres como Bismark, Gladstone y Cavour en favor de la consolidación nacional habría sido más difícil y quizás imposible.

Los Estados Unidos, aunque nuevos como país, también tuvieron desde el comienzo sus ficciones orientadoras, especialmente en el sueño puritano

de establecer una Nueva Jerusalén en el desierto americano. Como lo han mostrado Ralph Perry, Sacvan Bercovitch y otros, el nombre del sueño era “América”, nombre pensado para todo un continente pero que los puritanos hicieron suyo. Aun hoy, el uso común en todo el mundo emplea los nombres “América” y “americano” como sinónimos de los Estados Unidos y sus ciudadanos, práctica que ignora el hecho de que todos los habitantes del hemisferio occidental son también americanos que viven en América. Desde el comienzo los puritanos se definieron como una nación aparte, destinada por elección divina a una prosperidad y virtud ejemplares. Se vieron a sí mismos como modernos israelitas llamados por el Señor para ocupar una tierra prometida; más que la busca de un objetivo social, sus trabajos eran la sagrada peregrinación destinada a fundar la Sión del Nuevo Mundo y ser una luz para las incultas naciones del Viejo. El sueño puritano resultó una ficción orientadora muy adaptable, y las generaciones subsiguientes de norteamericanos la transformaron en conceptos como los del destino manifiesto y la protección del mundo libre, así como la idea de que los Estados Unidos deberían aspirar a una norma moral más alta que otras naciones, norma que sigue siendo invocada por gente tan distinta como predicadores evangélicos y militantes por los derechos civiles.

Entre los países de la América hispánica las ficciones orientadoras no surgieron con tanta facilidad. Mientras que en Europa, y hasta cierto punto en los Estados Unidos, los mitos de nacionalidad sobre los que podían construirse las naciones existían antes de que se formaran las naciones mismas, en la América hispánica las guerras civiles que siguieron a la Independencia forzaron la aparición de naciones en áreas que carecían de ficciones orientadoras para una nacionalidad autónoma. Mientras en los Estados Unidos y en gran parte de Europa el concepto precedió a la realidad política, aquí fue al revés: las ficciones orientadoras de un destino nacional tuvieron que ser improvisadas cuando ya la independencia política era un hecho. Las colonias españolas fueron ordenadas con vistas a la expansión del Imperio español, de modo que fueran cultural, económica y políticamente dependientes de la Madre Patria. No se buscó en ningún momento que desarrollaran un sentimiento de nacionalidad propio e independiente, sino que fueran extensiones de España, dóciles en lealtad política, fe religiosa y pago de impuestos. Pocos de los colonizadores españoles en América, o ninguno, soñaron con un destino distinto del que dictaba España para estas tierras.

De modo de asegurar la hegemonía española sobre sus posesiones americanas, las colonias españolas fueron gobernadas durante casi 300 años por

una burocracia centralizada, bien que pesada, en la que todos los puestos de importancia, políticos y eclesiásticos, eran ocupados mediante nombramiento desde la Madre Patria. Aunque los colonizadores y sus descendientes, los criollos, solían ignorar las órdenes de la metrópoli, rara vez cuestionaron en términos ideológicos la autoridad de la Corona y de sus representantes. Su actitud ante la monarquía queda bien descrita en el lema contradictorio *Obedezco mas no cumplo*, que significaba “Reconozco la autoridad de la Corona, pero en un caso particular haré lo que me parezca”. Así es como los criollos podían actuar con independencia de la legislación imperial, y con frecuencia lo hacían, pero la suya era la libertad de una desobediencia tolerada en una sociedad administrada sin rigor; no era la libertad de naciones en embrión, ansiosas de independencia de la monarquía española.

En razón de los estrechos lazos sociales, políticos e ideológicos entre España y sus colonias del Nuevo Mundo, las ideas de nacionalidad propia en la América hispánica no empezaron a asomar hasta los años finales del siglo XVIII, poco antes de los movimientos independentistas de 1810-26. Aunque algunos toponímicos como México, Perú y Chile datan de los primeros años de la conquista, antes de la Independencia esos nombres nunca connotaron un destino nacional propio o una eventual autonomía, como fue el caso de “América” en los Estados Unidos. Más aún, puesto que el movimiento independentista en la América hispánica surgió en gran medida del colapso político de la monarquía española y la invasión napoleónica a la Península Ibérica en 1808, la separación de España fue en buena medida impuesta por acontecimientos externos. La formación de naciones en la América hispánica se complicó tras la Independencia por las guerras civiles que desmembraron cuatro virreinos en dieciocho repúblicas separadas. Como resultado, las que habían sido sólo áreas geográficas del Imperio español, de pronto tuvieron que entenderse a sí mismas y definir su destino como unidades autónomas; tuvieron que crear ficciones conductoras de pueblo y nación para acercarse al consenso ideológico que subyace a las sociedades estables en otras partes del mundo. Se crearon así países nuevos con fronteras nuevas y nombres recién acuñados como Venezuela, Honduras, Colombia, Bolivia y Argentina; un siglo, o inclusive medio siglo antes de la Independencia, nadie en estas tierras soñaba que algún día serían naciones nuevas y separadas, con un destino propio. En ninguna de estas áreas existía un mito previo de identidad nacional que ligara a sus habitantes bajo una ideología compartida.

Aun así, a despecho de la centralización administrativa y la ausencia de ideologías nacionales previas a la Independencia, las distintas regiones de la

América hispánica desarrollaron, al menos a nivel popular, una singularidad cultural, que las clases dirigentes, antes y después de la Independencia, no siempre supieron valorar. Los españoles veían en buena medida erosionados sus objetivos por ese mundo misterioso, descaradamente diferente, infinitamente variado, cuya propiedad se atrevían a reclamar. Desde el día en que Colón intentó comprender y describir sus descubrimientos y experiencias, las tierras nuevas se posesionaron de su conciencia y discurso, dejándolo transformado, y en cierto modo conquistado. Él y los conquistadores, misioneros y colonos que lo siguieron, no pudieron sino volverse en parte productos del Nuevo Mundo. La naturaleza fue la primera intrusión en el sueño de España de replicarse en América. Las fuerzas naturales de los paisajes exóticos, junglas enmarañadas, montañas formidables, vastas pampas, una riqueza natural sin cuento y una fauna intrigante, afectaron el curso de la conquista y asentamiento, así como cualquier idea imperial preconcebida.

Una intrusión más importante aún que la tierra, en el sueño español de autorreplicación, provino de los americanos nativos, en especial de las civilizaciones avanzadas de México y Perú. La mezcla cultural y sexual de conquistadores y aborígenes no tardó en crear identidades culturales regionales distintas de España y distintas entre sí. Esta mezcla de culturas fue alentada por los misioneros católicos, que, más que empeñarse en destruir la religión indígena, trataron de transformarla asignando sentidos cristianos a símbolos y celebraciones tradicionales; práctica motivada en parte por la creencia, en algunos misioneros, de que los indios eran descendientes degenerados de las tribus perdidas de Israel. En razón de esta mezcla cultural, los criollos no tardaron en tener una singularidad cultural prenatal que se reflejaba en comidas, música, indumentaria, dialecto, tradiciones y festividades religiosas, todo lo cual variaba de región en región. Más aún: los distintos grados de mestizaje entre españoles, africanos y diferentes grupos de indios produjeron en cada sector del Imperio español un tipo racial peculiar, a tal punto que ya en el período colonial temprano los caribeños podían distinguirse de los mesoamericanos, y los habitantes de los Andes de los del Cono Sur. Inclusive las clases dirigentes, pese a sus obstinados reclamos de pureza racial, solían ser producto de alguna combinación. *Blanco* y *europeo* se volvieron términos relativos, más adecuados para mantener el poder y conservar los secretos de la familia que para describir un legado genético real.

Con un rígido control estatal por un lado y una fecunda cultura popular por otro, la conciencia nacional, o al menos regional, entre los criollos, se

desarrolló en dos direcciones opuestas. Las clases dirigentes se forjaban en una atmósfera en que los modelos de éxito y refinamiento venían de España, y todos querían ser más españoles que los españoles. Como resultado, la alta cultura en la época colonial fue en gran medida imitativa y estéril; por supuesto que con notables excepciones como la poeta mexicana Sor Juana Inés de la Cruz en el siglo XVII. Aun después de la separación de España, la elite hispanoamericana se mantuvo más al tanto de las últimas modas europeas que de la cultura popular que la singularizaba, con lo que quedó en buena medida ignorada la peculiaridad regional que podría haber formado la base de la identidad nacional. Con pocas excepciones, hubo que esperar al siglo XX para que los intelectuales sudamericanos empezaran a considerar las ficciones conductoras de la identidad nacional en términos de su propia cultura.

Cuando falló el gobierno de la elite intelectual y urbana, el pueblo llenó el vacío con sus propios sistemas de gobierno. Las clases bajas de cada región desarrollaron tradiciones populares de largo alcance, sentimientos de solidaridad de clase o étnica, vagos pero vigorosos, una religión popular y mitologías prenacionales que crearon a lo largo y ancho de la América hispánica fuertes sentimientos localistas. El reflejo político del localismo fue el gobierno, más que de una institución, de un individuo carismático, el caudillo, quien de algún modo encarnaba los valores culturales de la tradición. En un gobierno personalista, el caudillo se vuelve símbolo visible de autoridad y protección, lo que, en escala menor, repite el caso de los símbolos patriarcales del rey y el sacerdote, con los que las masas populares ya estaban familiarizadas. En la alternativa entre el caudillo y teorías abstractas de gobierno, las masas se sentían más a gusto con sus caudillos, que, aunque primitivos y crueles en sus métodos, eran más sensibles que la elite centralista a los temores y anhelos de las masas rurales. Como resultado, en la figura del caudillo se combinaron *localismo* y *personalismo*. Estos dos elementos impedirían durante décadas las iniciativas ilustradas de los gobiernos. De hecho, buena parte de las guerras civiles que siguieron a la Independencia tienen su origen en los conflictos entre el realismo de los caudillos localistas y los sueños utópicos de la elite urbana.

En razón de esta discordancia entre una alta cultura derivativa y una cultura popular exuberante, aunque caótica, las colonias españolas llegaron al movimiento independentista de 1810 mal preparadas ideológicamente para la tarea de edificar una nación. Los pensadores más utopistas del continente soñaban con crear un Estado panamericano que cubriera todo el continente. Más práctico, Simón Bolívar proponía cuatro o cinco paí-

ses de buen tamaño, manteniendo aproximadamente las fronteras de los virreinos, como lo indica en su célebre “Carta de Jamaica” (Bolívar, *Obras Completas*, I, 159-175). Tales sueños, empero, no se materializaron: no bien fueron derrotados los españoles, estallaron las guerras civiles entre los criollos mismos. El conflicto entre facciones de la elite, entre caudillos rivales y entre provincias enfrentadas cubrió el continente, haciendo imposible el gobierno institucional. A falta de un poder central, los caudillos solían ser la única fuente de orden en los países nacientes, quizás porque su modalidad autoritaria y personalista encarnaba valores tradicionales a la vez que reflejaba en miniatura el gobierno de la época colonial centrado en el rey. Pero pocos caudillos pensaron en una construcción nacional en gran escala. Como resultado, la América hispánica se fragmentó más y más, geográfica y socialmente. Algunas de esas divisiones se hicieron permanentes: el Uruguay y el Paraguay se separaron de la Argentina, y América Central, que en términos lógicos debería haber sido un solo país, se dividió en siete. Las rencillas intestinas y las amenazas de anarquía produjeron una situación en la que sólo parecían capaces de sobrevivir hombres fuertes al mando de ejércitos propios. Poco antes de morir, Bolívar se lamentaba, viendo el caos a su alrededor: “Hemos arado en el mar”.

Enfrentados al fracaso de los sueños panamericanistas, y a la probabilidad nada remota de fragmentaciones aún mayores, los pensadores hispanoamericanos de mediados del siglo XIX hicieron grandes esfuerzos para comprender la causa del fracaso de los primeros gobiernos independientes, y para planificar el futuro con más realismo. Es decir, después del caos sangriento que siguió a las Guerras de Independencia, los intelectuales del continente abordaron la tarea crucial de crear ficciones orientadoras, mitos de identidad nacional, que pudieran reunificar países quebrados y quizás reducir la tendencia a una fragmentación mayor.

En el caso de la Argentina, el nombre mismo del país refleja el pasaje de colonia a país, de territorio imperial a nación, pues el nombre *Argentina* tuvo una prolongada y sinuosa evolución, no muy distinta a la del país. En 1514, un año después de que Balboa descubriera el Pacífico, Juan Díaz de Solís recibió el encargo de la corona española de explorar la costa de Sudamérica en busca de una conexión fluvial entre los dos océanos. Un año más tarde Solís entraba en el inmenso estuario que separa lo que ahora son Argentina y Uruguay, sólo para recibir una muerte violenta a manos de indígenas que, simulando amistad, lo atrajeron, a él y a parte de su tripulación, a la costa. Exploradores posteriores, creyendo que el

estuario conducía a las ricas zonas argentíferas del Alto Perú, hoy Bolivia, lo rebautizaron “Río de la Plata”. El nombre *Argentina* conserva la asociación con la plata en tanto deriva de *argentum*, plata en latín (Rosenblat, *Argentina, historia de un nombre*, 13-18). Popularizado en un poema de 1602 de Martín del Barco Centenera, el nombre *Argentina* se volvió un sustituto obligatorio de *rioplatense* en lengua poética, y se consolidó en versos patrióticos del poeta neoclásico Vicente López y Planes, famoso por “El Triunfo Argentino” de 1807, celebración de la victoria de Buenos Aires sobre los invasores ingleses. Más tarde, en el “Himno Nacional Argentino”, del mismo autor, el nombre obtuvo una posición más oficial, aunque fue sólo en la Constitución de 1826, dieciséis años después de la rebelión del país contra España, donde “República Argentina” se volvió el nombre oficial de la nación (Rosenblat, 50-51).

La emergencia tardía del nombre del país obedece a un hecho simple: hasta la Independencia, la Argentina no fue más que un sector del Imperio español, no un país ni siquiera una idea para un país. Durante 250 años los españoles no vieron motivo para delimitar ninguna región dentro del Cono Sur como entidad política separada, en parte porque no reconocieron el potencial de autonomía de la región. A diferencia de México y Perú, ricos en minerales, donde los españoles instalaron poderosos virreynatos sobre las bases de civilizaciones nativas muy desarrolladas, la Argentina no poseía oro ni plata, y sus nativos, en su mayoría nómades, prefirieron el exilio o la muerte a la virtual servidumbre de la *encomienda* española, institución que obligaba a los indios a trabajar para los españoles a cambio de civilización europea, cristianismo y “protección”. Tampoco supieron ver el mayor recurso de la Argentina, las inmensas pampas que probablemente sean el área agrícola más rica del mundo. De hecho, si no hubiera sido por el imperativo religioso de cristianizar todo el continente, gran parte de la Argentina habría sido enteramente olvidada. De modo que la palabra *Argentina* señala una paradoja: el país fue bautizado por la plata, mineral que no tenía, mientras que lo que sí tenía en abundancia (un fabuloso potencial agrícola) quedó ignorado durante casi tres siglos.

Al carecer la Argentina de una promesa de riquezas fáciles, la primera colonización española en el Cono Sur fue previsiblemente débil y esporádica. Aparecieron algunos barrocos caseríos a lo largo de las rutas establecidas para el transporte de la plata boliviana. Como los aborígenes de la Argentina eran menos sedentarios que los de México o Perú, el esquema colonial de construir sobre civilizaciones preexistentes no tuvo

lugar en gran parte de la Argentina. La región producía algunos bienes comerciables —ganado, algodón en rama y cereales— que eran trocados por importaciones de España, principalmente muebles, ropa y armas. La mano de obra era provista por indios y unos pocos esclavos africanos comprados a los portugueses. Buenos Aires tuvo un crecimiento más lento que otras ciudades coloniales, en parte debido a una escasez crónica de mano de obra, en parte por la distancia que separaba el puerto de los centros económicos en el Alto Perú. Sin embargo, la distancia ayudó a darle a Buenos Aires un carácter especial en tanto un alto porcentaje de su población no era española sino portuguesa (Rock, *Argentina*, 4-6, 23-28). Hasta 1776 la Corona insistió en que Lima, asiento del Virreinato del Perú, fuera el centro político y económico de toda el área. Inclusive las rutas comerciales entre España y Buenos Aires tenían que pasar por Lima, siguiendo un trayecto complicado que iba de Buenos Aires a Lima por malos caminos y a través de los Andes, luego de Lima a puertos de la costa norte de Sudamérica, y al fin rumbo a España. La posibilidad obvia de crear puertos en la costa argentina era inaceptable para los españoles y sus intermediarios en Buenos Aires, interesados sólo en mantener su monopolio mercantil. El contacto entre España y las colonias quedó más restringido aún por la decisión de la Corona de limitar los viajes comerciales al Nuevo Mundo a dos por año, restricción que obedecía a la necesidad de no embarcar mercaderías coloniales si no era en grandes flotas armadas, como defensa contra piratas como Sir Francis Drake (Gibson, *Spain in America*, 102). El pasaje obligado por Lima era apoyado además por la jerarquía eclesiástica española, en plena Contrarreforma, como un modo de limitar la difusión de ideas heréticas a las colonias.

El potencial comercial de Buenos Aires, empero, no pasó inadvertido para traficantes y contrabandistas, en su mayoría ingleses y holandeses, que violaban cotidianamente la legislación mercantilista española en su comercio con los *porteños*, como empezó a llamarse a los habitantes de la ciudad portuaria de Buenos Aires. Como han mostrado Germán y Alicia Tjarks, a fines del siglo XVIII los comerciantes porteños vendían plata boliviana, carne salada, cueros y artesanías a exportadores no españoles, sacando una gruesa ganancia a la vez que evadían los impuestos a la Corona. Buenos Aires se volvió además un centro importante del tráfico de esclavos a medida que los portugueses comenzaron a traer mayor número de africanos para alimentar la demanda de mano de obra de una economía en crecimiento (Rock, *Argentina*, 40-49). En razón de estos contactos, Buenos Aires prosperó a

fin del siglo XVIII y no tardó en adquirir un sabor europeo que a la vez entusiasmaba y preocupaba a los funcionarios españoles conservadores, y a los criollos tradicionalistas.

A fines del período colonial la Argentina estaba en su mayor parte vacía, con una población estimada de medio millón de almas en un territorio tan grande como la mitad este de los Estados Unidos. En teoría, la región estaba bajo gobierno español, pero en la práctica las distancias hacían que el contacto genuino con la metrópoli fuera muy escaso. El área no estaba unificada en modo alguno ni por la geografía ni por la política o la economía, ni por una idea de destino nacional. Las ciudades existentes eran en realidad pueblos y misiones aislados, y entre ellos caminos malos, o falta de caminos, y viajes por tierra descorazonadoramente lentos. En el oeste estaban los pequeños y polvorientos asentamientos de Mendoza y San Juan, ambos al pie de los Andes y más en contacto con Chile que con Buenos Aires. Al norte, Tucumán, Salta y Jujuy, culturalmente más próximas a las culturas hispano-indígenas del Perú que al resto de lo que luego sería la Argentina. Hacia el centro estaba Córdoba, foco de conservadurismo político, educación escolástica y fervor religioso. Al nordeste, Uruguay y Paraguay, que no tardarían en separarse de la Argentina. A lo largo del río Paraná, que baja desde el norte hasta el estuario del Plata por una rica zona agrícola llamada “litoral”, estaban los pequeños asentamientos de Santa Fe y Paraná. Y en la boca del gran estuario, Buenos Aires, geográfica y culturalmente distante del resto de la Argentina, pero destinada, por su privilegiada ubicación entre las féculas pampas y las rutas marítimas, a ejercer una hegemonía peculiar sobre las provincias del interior. A diferencia de los Estados Unidos, donde una fácil navegación fluvial facilitó el contacto entre ciudades costeras y del interior, las ciudades argentinas, salvo las del litoral, estaban unidas sólo por los lentos viajes por tierra; el trayecto de 1.200 kilómetros entre Tucumán y Buenos Aires, por ejemplo, insumía un promedio de dos meses. En consecuencia, las ciudades y provincias argentinas crecieron en relativo aislamiento, hecho que alentó lealtades y sentimientos localistas.

El sentimiento localista creció también como resultado del sistema político colonial. Inicialmente en toda la América española hubo sólo dos virreinos, uno con su centro en la ciudad de México y el otro en Lima, Perú. Dependiendo de cada virreinato había centros políticos regionales, o “audiencias”, que mediaban administrativamente entre las ciudades y el virrey. A la audiencia de cada asentamiento de importancia respondía el “cabildo”, una de las instituciones políticas más duraderas del período

colonial. Los cabildos eran concejos de las ciudades, compuestos en parte de funcionarios nombrados por el poder central, pero mayoritariamente de “regidores” elegidos entre los vecinos nativos o con larga residencia, muy afincados en la vida local. Aunque los juristas españoles establecieron con paralizante detallismo las relaciones entre la Corona, el virrey, la audiencia y el cabildo, los asentamientos aislados en el Cono Sur mal podían sostener semejante complejidad organizativa. En teoría, los cabildos estaban bajo la jurisdicción de la audiencia, el virrey y en última instancia la Corona; pero en la práctica, esta pesada burocracia casi nunca afectaba a los cabildos en áreas marginales como la Argentina, y los cabildos eran el único gobierno real, celoso protector de las tradiciones y prerrogativas locales. No se puede decir que fueran democráticos en sentido estricto, ya que los conformaban vecinos ricos elegidos por otros miembros, no por el pueblo; aun así, es indudable que los cabildos estaban capacitados para entender, mejor que un funcionario venido de otra parte, los intereses del vecindario. Además, pese a estar los cabildos bajo el control de las elites locales, es probable que un antiguo sentimiento de *noblesse oblige* haya hecho a sus miembros más sensibles a las necesidades de los pobres que el canibalismo económico que devastaría el interior argentino después de la Independencia. Los historiadores argentinos modernos no están de acuerdo en su apreciación del papel de los cabildos. Los historiadores “liberales” como José Ingenieros los llaman “el nacimiento de un espíritu oligárquico municipal” y la “antítesis” de la democracia (Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, 1, 32-33), mientras que los historiadores “revisiónistas”, nacionalistas pro españoles como Julio Irazusta, afirman que los cabildos fueron instituciones esencialmente democráticas que se adelantan a la teoría política del Iluminismo (Irazusta, *Breve historia*, 26-27, 51-54).

En razón de sus sentimientos localistas, los cabildos fueron vistos desde temprana hora como obstáculos al centralismo. Por este motivo, durante el siglo XVIII los reformistas Borbones crearon una capa administrativa intermedia, las “intendencias”, para vigilar y limitar el poder de los cabildos. Mucho después, tras las Guerras de la Independencia, el mandatario porteño Bernardino Rivadavia disolvió los cabildos de Buenos Aires y Luján tratando de limitar la autoridad local. Pero, existiesen oficialmente o no los cabildos, el impulso hacia el gobierno local y autonomista no murió. Sin los cabildos, la ley local cayó en manos de caudillos, jefes militares locales y pequeños dictadores, quienes, con todas sus arbitrariedades, recibieron tanta lealtad de sus coprovincianos que el historiador argentino José Luis

Romero se refiere a su acción como una “democracia inorgánica” (*Las ideas políticas en la Argentina*, 98-128).

La base de sustentación de los caudillos fue la cultura campesina, de los gauchos, que se desarrolló en las grandes llanuras abiertas entre las ciudades argentinas. La naturaleza exacta de la población rural argentina en tiempos coloniales ha engendrado un sordo e interminable debate entre “nacionalistas”, para quienes los gauchos son el repositorio de los auténticos valores argentinos, y los “liberales”, que los ven como masas fáciles de manipular por demagogos. Ambas posiciones (que estudiamos en detalle en capítulos posteriores) pasan por alto la complejidad de la población rural de clase baja. Entre los campesinos había diversos grupos, todos interrelacionados y todos en estado de fluida movilidad. Algunos eran nómades, algunos eran peones empleados de un estanciero, algunos eran bandoleros y contrabandistas, y muchos eran todo lo anterior en un momento u otro. En su sentido original, la palabra “gaucho” designa al habitante nómade, y a menudo fuera de la ley, de las grandes llanuras de la Argentina, Uruguay y Brasil. En el uso corriente, “gaucho” designa al proletariado rural en general.

Los gauchos (como la población rural en general) provienen de una triple raíz étnica: española, india y africana. Se desplazaban libremente por las pampas, vivían sin esfuerzo de una tierra pródiga, capturaban y montaban caballos salvajes, bebían en abundancia, apostaban, contrabandeaban, robaban, reñían, cazaban ganado salvaje, vendían cueros para comprar lo poco que necesitaban, se alimentaban principalmente de carne, cantaban baladas improvisadas celebrando sus hazañas y amores, y vivían en uniones libres rara vez consagradas por el sacramento del matrimonio. En resumen, eran supersticiosos, desaseados, analfabetos y felices. Aunque los gauchos no dejaron información de su propia vida, muchos cronistas coloniales se refieren a ellos (véase Rodríguez Molas, *Historia social del gaucho*, caps. 1-3). El más interesante de ellos es Concolorcorvo cuya descripción de “la vida dura y salvaje” de los gauchos en *El lazarillo de ciegos caminantes* parece teñida de una admirativa envidia. Tan atractivo era el modo de vida despreocupado de los gauchos que en 1807, durante la ocupación inglesa de Buenos Aires, 170 soldados ingleses desertaron para vivir entre ellos. El general Whitelocke se quejaba: “Cuanto más conocen los soldados de las riquezas que provee el país, y la facilidad con que se las obtiene, mayor el peligro” (citado en Ferns, *Britain and Argentina in the Nineteenth Century*, 57).

Tal era la Argentina durante la segunda mitad del siglo XVIII: una tierra de pueblos aislados, vecinos autonomistas, gauchos nómadas, estancieros

con peones relativamente dóciles, indios sin dominar, mínimo desarrollo económico y político. Y ninguna idea de un destino nacional. En este contexto, se echó al fin el cimiento de la nacionalidad argentina, cuando el 4 de julio de 1776 el rey de España, Carlos III, cedió a las ya seculares presiones económicas y creó el Virreinato del Río de la Plata con sede en Buenos Aires. Para entonces Buenos Aires había dejado de ser el pantanoso asentamiento de sus comienzos, y era una ciudad de unos 25.000 habitantes y un próspero centro comercial, en gran medida ilegal. El motivo primordial de la Corona al crear el nuevo virreinato era ejercer, mediante una política irónicamente llamada de “libre comercio”, un control más estricto sobre las exportaciones, en especial de plata boliviana en barras, que se realizaba en forma ilegal desde hacía medio siglo. Los sagaces comerciantes porteños no tardaron en establecer contratos exclusivos con monopolios mercantiles españoles, formando así la base de algunas de las más sólidas fortunas privadas argentinas. Además de la plata, sus exportaciones primarias eran la carne salada y los cueros, producto este último de gran importancia industrial antes del descubrimiento del caucho. El “libre comercio” trajo una relativa prosperidad a los comerciantes rioplatenses, con paréntesis provocados por los conflictos de España con Gran Bretaña (Rock, *Argentina*, 66-72).

El nuevo virreinato incluía la mayor parte de lo que ahora es Bolivia, Paraguay, Uruguay y la Argentina, y constituía el primer paso en el establecimiento de una nueva nación, aunque en ese momento nadie lo pensó en tales términos. El rey le concedía a Buenos Aires la autoridad de cobrar impuestos dentro de las fronteras del virreinato, privilegio que la ciudad portuaria conservaría celosamente, creando entre porteños y provincianos los mismos rencores que Buenos Aires había sentido antes hacia Lima. La desconfianza hacia la ciudad-puerto creció en la medida en que Buenos Aires, reflejando su propio localismo, aspiró a ejercer un control cada vez mayor sobre el interior. Bajo el reciente virrey, los cabildos provinciales sufrieron presiones en aumento para obedecer a Buenos Aires, a menudo a expensas de los privilegios locales. Además, Buenos Aires, mediante el control de las leyes aduaneras, tuvo una injerencia cada vez mayor sobre los asuntos financieros del interior. Frente a la usurpación que hacía Buenos Aires de la autonomía local, y su enajenación de ganancias mediante las leyes aduaneras, los provincianos comenzaron a temer la nueva autonomía de los porteños; sus miedos echarían las bases de casi cincuenta años de guerras civiles, que comenzaron poco después de las Guerras de la Independencia.

La vida intelectual en el nuevo virreinato, como en las colonias en general, se veía gravemente limitada por políticas restrictivas, tanto como por el aislamiento geográfico. En aquella sociedad con porcentaje mayoritario de analfabetos, saber leer y escribir era un bien comerciable, al punto que los “secretarios” de los caudillos solían tener considerable poder. La Iglesia controlaba todas las escuelas, en las que se impartía una educación autoritaria y escolástica centrada en la memorización de verdades recibidas, a la vez que atacaba o desdeñaba las epistemologías empíricas y racionalistas que ya habían producido profundos cambios en Europa. En un nivel no oficial, empero, había más libertad intelectual de la que nos parece que podía admitir la Iglesia de la Contrarreforma. Los altos funcionarios de la Inquisición emitían edicto tras edicto exigiendo que el Santo Oficio revisara los libros que se introducían, las librerías y hasta las bibliotecas privadas. Pero, como observa Irving A. Leonard, los esfuerzos de los inquisidores caían en saco roto gracias al intenso contrabando de obras heréticas, a menudo con la colaboración de funcionarios menores de la Inquisición y miembros de las comunidades religiosas. De modo similar, aunque a los escritores criollos les estaba prohibido escribir o publicar salvo sobre materias inocuas o de interés puramente local, durante todo el período colonial aparecieron con regularidad ediciones no aprobadas de obras locales y extranjeras (Leonard, *Baroque Times in Old Mexico*, 166-182; *Books of the Brave*, 157-171). Tras el éxito de las revoluciones en los Estados Unidos y Francia, comenzaron a circular por las colonias, pese a los vigorosos intentos de censura y refutación por parte del clero conservador, una cantidad de textos pro revolucionarios, muchos de ellos escritos por sacerdotes españoles (Ruiz Guñazú, *Saavedra*, 121-145).

En la Argentina la vida intelectual estaba menos desarrollada aún que en los grandes centros coloniales como México y Lima. En 1776, año de la fundación del nuevo virreinato, había sólo seis escuelas primarias en Córdoba y cuatro en Buenos Aires, todas ellas dependientes de la Iglesia. Prácticamente ninguna mujer podía acceder a la educación, porque la lectura y la escritura en una mujer eran vistos como “elementos que llevaban sólo al pecado o a la tentación de escapar a la vigilancia paterna” (López, *Historia de la República Argentina*, I, 243). Las dos escuelas secundarias de Buenos Aires, el Colegio de San Carlos y el Colegio del Rey, tenían un plantel de educadores compuesto en su gran mayoría por sacerdotes, limitados tanto por su educación como por sus inclinaciones. En palabras de Manuel Moreno, que asistió al Colegio de San Carlos en Buenos Aires durante la década de

1780, los curas mataban de hambre a los estudiantes mientras les impartían una educación inútil. Según sus palabras, estos profesores eran “teólogos intolerantes, que gastan su tiempo en agitar y defender cuestiones abstractas sobre la divinidad, los ángeles, etc., y consumen su vida en averiguar las opiniones de autores antiguos que han establecido sistemas extravagantes y arbitrarios sobre puntos que nadie es capaz de conocer”. Según este testigo, aun aquellos pocos sacerdotes que trataban de enseñar ciencias naturales se veían gravemente limitados puesto que “mal pueden comunicar a sus discípulos unos conocimientos que ellos no poseen”. Más adelante observa que las órdenes monásticas dedicadas a la enseñanza estaban más interesadas en mejorar su bienestar material que en educar a los jóvenes criollos (Manuel Moreno, “Vida”, en *Memorias y autobiografías*, II, 16-22).

A pesar de estas limitaciones a la vida intelectual, las ideas del Iluminismo se infiltraron lentamente en la Argentina. Los Borbones, que reinaron en España desde 1700 hasta la invasión napoleónica en 1808, instituyeron en la sociedad hispanoamericana una serie de reformas análogas a las del despotismo ilustrado en Francia (véase Luis Sánchez, *El pensamiento político*). La filosofía europea del siglo XVIII también influyó sobre una nueva generación de racionalistas españoles, entre ellos Benito Jerónimo Feijóo, monje benedictino, y Gaspar Melchor Jovellanos, enciclopedista español, cuya obra era leída con avidez en todo el mundo de habla hispana. En la Argentina, la pequeña elite lectora disponía asimismo de las obras de Montesquieu, Descartes, Locke, Voltaire y Rousseau, pero, lo mismo que en España, las ideas iluministas ampliaron los horizontes intelectuales sin provocar estallidos de anticlericalismo y subversión (Carbia, *La Revolución de Mayo y la Iglesia*, 18-20). En consecuencia, como lo ha señalado Charles Griffin, el papel jugado por el pensamiento iluminista en el movimiento independentista fue más de confirmación que de causa, ya que trescientos años de ley autoritaria y educación escolástica dejaron una marca indeleble en el pensamiento argentino, que no se borraría con tanta facilidad.

Pese a la relativa docilidad de la mayoría de los intelectuales hispanoamericanos durante el período colonial, a comienzos del siglo la cuestión de la independencia de España se volvió un tema frecuente de conversación en los salones de las colonias, y especialmente en Buenos Aires, donde muchos porteños tenían motivos para no querer a España: los criollos eran excluidos de los puestos importantes tanto en la Iglesia como en el gobierno, la irresponsabilidad de Carlos IV era un escándalo internacional, y las restricciones económicas que limitaban el comercio con naciones distintas de España y las

colonias irritaban profundamente a los comerciantes porteños que no tenían contratos con los monopolios mercantiles españoles. La burguesía porteña estaba tajantemente dividida entre estos dos grupos, los “agentes intermediarios” que se beneficiaban con los contratos cerrados con España, y los comerciantes independientes que querían hacer tratos con otras naciones. Los intermediarios formaban un grupo que apoyaba a cualquier gobierno, sin tomar en cuenta su ideología, en tanto defendiera sus intereses financieros; fueron los antepasados de algunas de las familias más acaudaladas de la Argentina, incluidos los Anchorena, apellido que asoma repetidas veces en la historia argentina, siempre del lado del conservadurismo y la represión. Entre sus oponentes se contaban los jóvenes Manuel Belgrano, Juan José Castelli y Pedro de Cerviño, los primeros en chocar con los intereses comerciales conservadores en el tema de los monopolios comerciales que los excluían. Más tarde, y en buena medida bajo la inspiración de las doctrinas económicas de Adam Smith, miembros del segundo grupo se volverían figuras prominentes del movimiento independentista argentino y “el amor y la esperanza de la reforma” que dominó el primer liberalismo argentino (López, I, 571). En la década de 1790 salió de este grupo uno de los primeros panfletos de teoría económica producidos en el Río de la Plata: *Nuevo aspecto del comercio del Río de la Plata*, escrito por el socio de Belgrano, Manuel José de Lavardén. El texto, virulento ataque al mercantilismo español, propone el comercio libre, la privatización de las tierras públicas y la formación de una marina mercante local. También muestra a qué punto había influido sobre los jóvenes porteños el pensamiento económico de Adam Smith y de François Quesnay, este último padre de los fisiócratas franceses y autor de la expresión *laissez-faire*.

Si el liberalismo de Adam Smith fue una fuente principal de inspiración para los liberales argentinos, esa inspiración recibiría apoyo de un sorpresivo hecho histórico: en 1806, tropas inglesas invadieron Buenos Aires. Detrás de la invasión inglesa había algo más que un deseo de sumar a Buenos Aires al Commonwealth británico; desde los tiempos isabelinos, los ingleses habían hecho todo lo posible para quebrar el monopolio comercial español, y en 1804 “el tema de cómo derrumbar el Imperio español” fue discutido ampliamente en el gabinete inglés (Ferns, 19). O bien, como le escribió el comodoro sir Home Pophan al vizconde Melville en una carta datada el 14 de octubre de 1804: “La idea de conquistar Sudamérica está completamente descartada, pero la posibilidad de tomar todos sus puntos importantes, separarlos de sus actuales contactos europeos, transformarlos en posiciones

militares y gozar de todas sus ventajas comerciales, puede considerarse una probabilidad a tomar en cuenta, si no es una operación segura” (carta citada en Ferns, 19). Popham, que fue el oficial naval que antes que nadie consideró la idea de la invasión, y cuando ésta se realizó transportó las tropas a Buenos Aires, quería liberar a la Argentina de España como primer paso hacia la apertura de toda Sudamérica a los intereses comerciales ingleses.

El objetivo de Popham, sin embargo, quedó irrealizado por el exceso de confianza de las tropas inglesas, que subestimaron gravemente la resolución de los porteños en el momento de lanzar la invasión bajo el mando del general William Carr Beresford. El virrey español, Rafael de Sobremonte, huyó a Córdoba con el tesoro, dejando la defensa de la ciudad en manos de Santiago de Liniers y Juan Martín de Pueyrredón. Los intentos de Beresford fueron rechazados por los porteños, quienes, en palabras de Manuel Belgrano, querían “o bien nuestro viejo amo, o ningún amo” (Belgrano, *Autobiografía*, 33). Tras la derrota de Beresford, los ingleses mandaron refuerzos en 1807 bajo las órdenes del teniente general Whitelocke, que sufrió grandes pérdidas debidas en buena medida a su propia incompetencia. Tras un encuentro con los líderes porteños para negociar su rendición, Whitelocke quedó convencido de que toda la empresa había sido una mala idea desde el comienzo y acordó evacuar la ciudad, decisión que en Inglaterra le costó una corte marcial (Ferns, 38-46). De todos modos, Belgrano y otros porteños que no dependían del monopolio comercial español, quedaron muy impresionados con la evidente humanidad de Whitelocke así como con sus promesas de que Inglaterra ayudaría en una rebelión contra España; ésa había sido la idea original de Popham (Belgrano, 33). De hecho, como resultado de los contactos con Whitelocke y otros ingleses de parecida mentalidad, muchos liberales porteños llegaron a considerar a Inglaterra como una aliada en la lucha por la independencia, antes que como una potencia mercantil con ambiciones comerciales propias. Gracias a tales sentimientos, Beresford pudo escapar de su prisión.

Las Invasiones Inglesas, entonces, produjeron resultados paradójicos. Por una parte, la lucha de los argentinos contra un enemigo común les hizo percibir por primera vez su potencial como nación. Después de las invasiones este potencial se hizo realidad parcialmente cuando el Cabildo, en ausencia del virrey, asumió todo el poder de gobierno bajo la dirección de Santiago de Liniers, que había dirigido la resistencia al inglés. Por otra parte, los porteños liberales salieron del conflicto con la convicción de que Gran Bretaña, el invasor, era de algún modo un sostén de la democracia republicana-

na y “un medio para obtener armas contra España” (Belgrano, 35). La derrota de la ocupación también hizo que los ingleses cambiaran sus tácticas. En marzo de 1807, el vizconde Castlereagh fue nombrado ministro de Guerra; Castlereagh, un pragmático que “consideraba a Sudamérica como una cuestión de interés exclusivamente económico para Inglaterra, y no una esfera en la que debiera ejercitarse la influencia política inglesa”, mantuvo que Gran Bretaña debía evitar conflictos armados en la América hispánica, sin dejar por ello de aparecer como “auxiliares y protectores” en asuntos políticos y económicos, política que se mantendría en las relaciones angloargentinas durante los siguientes 126 años (Ferns, 48).

Pasadas las Invasiones Inglesas, la vida en la Argentina probablemente habría vuelto a la lenta rutina colonial, con las ideas sobre la independencia confinadas a la conversación de los intelectuales afrancesados, si la Corona española no se hubiera desintegrado en 1808. Que la independencia resultó en gran medida de los acontecimientos de España, y no sólo de movimientos autónomos en las colonias, resulta con claridad de los escritos de al menos dos de los principales actores del período. Manuel Moreno afirma que, aunque la independencia de España probablemente habría llegado como parte del proceso natural de la historia, “la mayor parte de la América veía pendientes sus destinos de aquella nación, que la había conquistado, prestándole su idioma y gobernado. Una gran revolución debía tener lugar ... después de disueltos aquellos vínculos que ligaban el gran todo” (5-6). Más adelante dice que “sin la catástrofe de la Madre Patria, Buenos Aires habría seguido igual, con pocas variaciones” (110). De modo semejante, Manuel Belgrano afirma que después de las invasiones inglesas “pasó un año, y sin que nosotros hiciéramos nada por la independencia, Dios nos dio la oportunidad en los acontecimientos de 1808 en España y Bayona, la ciudad donde Carlos IV se encontró con Napoleón. En efecto, en ese momento se despertaron las ideas de libertad e independencia en América, y los americanos empezaron a hablar abiertamente por primera vez sobre sus derechos” (Belgrano, 34).

La melodramática historia que llevó a la caída de la Corona española explica por qué aun los realistas más devotos en la Argentina cuestionaron el liderazgo español. Aunque la monarquía había mantenido una grave declinación desde la muerte de Carlos III en 1778, y estaba muy debilitada por una serie de guerras con Gran Bretaña, nada pudo igualar los sucesos de 1808, cuando Carlos IV, el monarca disoluto, Manuel Godoy, amante de su esposa, y Fernando VII, resentido príncipe heredero, se enredaron en

una lucha destructora. Después de años de intrigas, Carlos puso en prisión a su hijo Fernando al enterarse de que estaba complotando para destronarlo. Una muchedumbre, movida por la idea de que el príncipe era la única esperanza del país, asaltó el palacio, obligando al rey a abdicar y a Godoy a huir. Los dos, entonces, Carlos y Fernando, pidieron ayuda a Napoleón, cuyas fuerzas ya estaban en España, ostensiblemente en camino a Portugal. Después de oír a ambas partes aullarse irreproducibles insultos, Napoleón vio una buena oportunidad política y nombró a José Bonaparte, su hermano alcohólico, rey de España, sumando otro pretendiente incompetente al trono. Las Cortes españolas rechazaron a José y formaron un gobierno en el exilio en Cádiz, el puerto del sur a través del cual se canalizaba el contacto con las colonias. El parlamento de Cádiz, a sabiendas de que el sentimiento revolucionario se difundía por las colonias americanas, trató inicialmente de incluir representantes de las Américas, pero no tardó en abandonar la idea al comprender que la representación proporcional les daría a los criollos amplia mayoría. Esta aprobación y luego cancelación de la representación de las colonias no hizo más que acrecentar el rencor que ya campaba en toda Hispanoamérica.

Dados los acontecimientos de España, la cuestión que se planteó en primer término para la mayoría de los argentinos no fue la lealtad a la Corona, sino a cuál Corona serle leal. El popular Santiago de Liniers, jurando lealtad al príncipe Fernando VII, asumió temporalmente los deberes de virrey en lugar de Sobremonte, desacreditado por su cobarde comportamiento durante la ocupación inglesa. Ostensiblemente por su origen francés en un momento en que los recelos contra Napoleón estaban muy altos, y por su poco talento administrativo, Liniers fue atacado casi de inmediato por la comunidad española y los criollos liberales, ambos atrincherados en el Cabildo de Buenos Aires. La facilidad con que grupos tan opuestos como realistas y liberales unieron fuerzas contra una figura popular como Liniers indica un aspecto esencial de muchos intelectuales argentinos durante el movimiento independentista: la profunda desconfianza ante las masas, un temor que sin duda nacía del terror que siguió a la Revolución Francesa. Si en algo podían estar de acuerdo los españoles realistas y los criollos liberales, era en los peligros del populismo.

Bajo presión del Cabildo de Buenos Aires, el gobierno de Cádiz nombró a Baltasar Cisneros para reemplazar a Liniers como virrey del Río de la Plata; desmintiendo los temores de la elite, Liniers cedió sin resistencia su puesto y se retiró a la vida privada. Pero su presencia en la Argentina seguía moles-

tando a los liberales porteños, que terminaron haciéndolo ejecutar sobre la base, infundada, de que estaba organizando una revuelta popular contra el movimiento independentista. Los motivos reales para la muerte de Liniers fueron tan discutidos por sus contemporáneos como siguen siéndolo hoy por los historiadores. Por ejemplo el general Tomás Guido, héroe de la independencia argentina, escribe en sus memorias que los liberales independentistas sintieron que “el pueblo ... no está preparado para un cambio violento de administración. Las masas proletarias, que constituyen la mayor parte de la provincia de Buenos Aires, tienen una especie de culto por el general Liniers, en quien no ven el odioso instrumento del absolutismo español, sino el liberador de Buenos Aires, el héroe contra la invasión inglesa” (Guido, *Autobiografía*, I, 3-4). Manuel Moreno corrobora en lo esencial el punto de vista de Guido, en el sentido de que Liniers era un populista peligroso aliado con todos los elementos reaccionarios en la sociedad porteña (74-79, 112-123). No menos autorizada, pero en completa contradicción con las de Guido y Moreno, es la opinión de Cornelio Saavedra, también un héroe de la independencia, que en sus memorias de 1829 afirma apasionadamente que Liniers fue uno de los primeros representantes auténticos de las clases populares (Saavedra, *Autobiografía*, I, 22-44). Aun hoy, la figura de Liniers y las razones de su muerte siguen dividiendo a los historiadores argentinos. (Compárese, por ejemplo, Halperín Donghi, *Revolución y guerra*, 168-247, y Puiggrós, *Los caudillos*, 2, 81).

Pese a sus buenas intenciones, Cisneros no pudo aliviar la tensión creciente entre españoles y criollos, liberales y tradicionalistas, Buenos Aires y las provincias. Cuando llegaron noticias de que las fuerzas napoleónicas habían tomado el control de Sevilla, y que el gobierno de Cádiz estaba otra vez huyendo, Cisneros llamó a un cabildo abierto, que era una asamblea extendida del concejo municipal, a la que asistieron 225 de los principales hombres de la provincia, para establecer una junta de gobierno provisoria, táctica que no dio el resultado que él esperaba cuando la Junta, con mayoría criolla, se negó a elegirlo presidente. El líder de los criollos, Cornelio Saavedra, en una de las proclamas revolucionarias más corteses que se hayan redactado nunca, le informó al virrey que “quien le dio a Su Excelencia su autoridad ya no existe. En consecuencia, ya que usted no tiene ninguna autoridad, no debería contar con las fuerzas bajo mi mando para su sostén” (citado en Ruiz Guíñazú, *Saavedra*, 181). Más tarde, durante el debate con el virrey y sus acólitos, Saavedra proclamó como único órgano de gobierno del Virreinato al Cabildo, “que recibe su autoridad y mandato del pueblo” (184).

El proceso político por el que se formó la Primera Junta se repetiría una y otra vez durante los primeros diez años de la independencia. El Cabildo de Buenos Aires estaba dominado por los porteños ricos, comerciantes y terratenientes, “gente decente” y no “la gente de medio pelo”, como escribió un contemporáneo en su diario (citado por Sebrelí, *Apogeo*, 91-92). Como representante primordialmente de los intereses de la clase alta, el Cabildo una y otra vez derrocó gobiernos que no promovían los intereses comerciales o protegían los privilegios de Buenos Aires, o no sabían mantener en su lugar a los caudillos provinciales. Como resultado, el Cabildo fue a la vez fuente de continuidad y de interrupción, que siempre logró tener alguna especie de gobierno en funciones mientras en los hechos bloqueaba cualquier emergencia real de los intereses provinciales o de las clases bajas (Halperín Donghi, *Politics*, 337-345).

Del Cabildo de Buenos Aires salió el primer cuerpo de gobierno argentino independiente de España, conocido en la historia como *Primera Junta*. Los miembros de la Junta se asignaron dos tareas principales: 1) organizar un ejército para hacer frente a las tropas españolas napoleónicas en nombre de Fernando, y 2) convocar a un congreso con representantes de las diferentes provincias para gobernar al Virreinato hasta que se restaurara el orden. El 25 de mayo de 1810, porteños de todo color político juraron lealtad a la Primera Junta mediante la siguiente fórmula:

¿Juráis a Dios nuestro Señor y estos Santos Evangelios, reconocer la Junta Provisional Gubernativa del Río de la Plata, a nombre del Señor Don Fernando VII, y para guarda de sus augustos derechos; obedecer sus órdenes y decretos; y no atentar directa ni indirectamente contra su autoridad, propendiendo pública y privadamente a su seguridad y respeto? (*Gaceta de Buenos Aires*, 7 de junio de 1810; citado en Mariano Moreno, *Escritos*, 233).

Aunque los argentinos consideran al 25 de mayo de 1810 como su Día de la Libertad, este juramento puede ser considerado una declaración de libertad de España sólo en el contexto de los confusos hechos políticos del momento. Jurar lealtad a Fernando, que no ocupaba el trono, les permitía rechazar al incompetente Carlos IV y al usurpador José Bonaparte, al tiempo que afirmaban lealtad a la institución de la monarquía y no ofendían a los realistas criollos y españoles. De hecho, Saavedra en sus memorias insiste en que “cubrir a la Junta con el manto de Fernando VII fue una ficción desde el comienzo, necesaria por razones políticas” (53). En una palabra, el

juramento fue más que nada un modo de unir a criollos y españoles de todo color político bajo una bandera única; nadie puso objeciones en jurar lealtad a un rey inexistente.

Como estos hechos ocurrieron en el mes de mayo, la palabra *Mayo* en la Argentina se hizo sinónimo de independencia y de una preferencia por la democracia sobre la monarquía; al movimiento revolucionario, entonces, se lo llama *Mayo*, y sus líderes son llamados los *Hombres de Mayo*. Pero hay que usar con cierta precaución el término, puesto que agrupar a todas las figuras y corrientes ideológicas de la Revolución bajo una sola palabra sugiere un consenso ideológico que nunca existió. Además, aunque muchos provincianos simpatizaban con la Revolución de Mayo (una vez que se enteraron de su existencia), Mayo fue primordialmente un fenómeno de Buenos Aires, en el que los porteños declararon la independencia de la España napoleónica no sólo para sí mismos sino para todos los habitantes del Virreinato. De Mayo en adelante, entonces, los porteños iniciaron una larga tradición de confundir a Buenos Aires con todo el país. Más aún, con la Primera Junta comenzó una larga serie de conflictos entre porteños y caudillos provinciales, que con frecuencia terminó en sangre y en guerra civil. Típico del localismo porteño es Manuel Moreno, que en su biografía de su hermano Mariano rara vez distingue entre “Buenos Aires” y “la patria” (cf. 3-4). Paradójicamente sugiere que si había sido enteramente apropiado que todas las provincias americanas se rebelaran contra España, el no haber seguido las provincias el liderazgo de Buenos Aires después de la Independencia dio por resultado “la seducción, la rebelión y el cisma” (149). En otras palabras, la rebelión contra España estaba bien, pero el desacuerdo con Buenos Aires estaba mal. Más adelante, en un arrebato de *wishful thinking* característico de la elite porteña, sostiene que siempre que Buenos Aires mandó tropas contra los caudillos provinciales, los porteños fueron recibidos por “el pueblo” como hermanos, ya que quienes apoyaban a los caudillos no eran otra cosa que “mercenarios” (149-160).

Como si el conflicto con las provincias no fuera suficiente, la Primera Junta no tardó en verse asediada por sus propios conflictos internos. Al crear la Primera Junta, los patriotas de Buenos Aires intentaron conformarla con hombres que representaran las diversas facciones que prevalecían en la ciudad. Entre sus miembros estaban Juan José Paso y Mariano Moreno, que se habían identificado con el Cabildo en su oposición a la figura de Liniers, así como Cornelio Saavedra, partidario de Liniers; Saavedra, según lo dice él mismo, fue nombrado presidente de la Junta “para apaciguar al pueblo”

(*Saavedra*, 52-53). Aunque la popularidad de Saavedra con sus tropas y las clases bajas fue en realidad un factor de su elección como presidente, esa cualidad fue también un impedimento en su trato con los otros miembros de la Junta, que temieron que pudiera dar un golpe contra el gobierno. A pesar de estos temores, la Primera Junta representó un momento laudable, si bien breve, de intento de consenso entre las elites porteñas en pugna. De todos modos, como se verá en el próximo capítulo, de estas divisiones surgió un prototipo de la política argentina así como el primer creador de ficciones orientadoras en la Argentina: Mariano Moreno.